

DRAMA DE IMPUESTOS: DOS OPINIONES

EL ESCRITOR MEXICANO Y LOS IMPUESTOS

Emilio Carballido

El que un escritor sobreviva razonablemente, depende de que tenga lectores. en un país de analfabetismo creciente, esto es menos fácil que en países donde la lectura es ejercida por todos. El escritor mexicano está en ventaja con muchas zonas de América Latina, y ha tenido también, para su desarrollo, el decidido apoyo del gobierno y un buen número de editoriales, que hasta hace poco funcionaban. Esta ventaja amenaza con perderse y dejarnos empatados con Centroamérica, Bolivia y Paraguay.

El escritor de teatro tiene necesidad de ir a escena; es necesario que un empresario pague el montaje, y de ahí las regalías serán la recompensa económica. México no cuenta con una red de teatros nacionalmente eficaz; no están en comunicación y sus programas dependen de cada zona. En los últimos años, los teatros de provincia no hacen planes locales, sino que se alquilan a bastante alto costo para quien desea poner alguna obra. Quien puede alquilarlos es el teatro comercial menos valioso literaria o intelectualmente, el de cómicos vulgares de televisión. El empresario comercial tiene como meta el dinero, no el arte, ni la inteligencia ni la estimación de valores nacionales. No le interesan las obras inéditas, así sean buenas, por el riesgo que implica averiguar si son de éxito. Busca en las carteleras extranjeras lo que ya ha tenido éxito y eso pone. El teatro comercial raramente se interesa en el autor mexicano.

La política estatal con las editoriales ha ido arruinando a éstas. Hace varios sexenios que se busca la inversión de transnacionales y al editor mexicano se le han puesto trabas muy serias para exportar. Por ejemplo, dejar pagado el impuesto total de todo lo que sale y que todavía no se vende, y que además va a vistas, para liquidaciones a largo plazo. Ha habido control estatal de la exportación y esto ha traído lentitud, burocracia y corrupción. Tragadas las editoriales por paraestatales sajonas, se impone el culto del best-seller. Autores que venden por debajo de cifras astronómicas, son retirados del catálogo. Esto somos los mexicanos, que vendemos normalmente y eso quiere decir agotar tirajes de mil ejemplares en un año o año y medio. Las transnacionales quieren ventas de diez mil en un año y de ahí para arriba. En la historia de la literatura mexicana ha habido unos cuantos best-sellers: Amado Nervo, Juan Rulfo, Carlos Fuentes. Y vender mucho no es una garantía: a veces es lo contrario, vende más el que más traiciona la verdad de la vida y la naturaleza humana.

Las metas del arte son dar la Verdad por medio de la Belleza. Eso tiende a hacer de las letras un instrumento peligroso para los gobiernos: la buena literatura es crítica. Y

sin embargo, desde Juárez, pasando por Porfirio Díaz, se ha fomentado la existencia del autor, se ha buscado darle facilidades para que continúe con su oficio y logre vivir con algún decoro. ¿Por qué? Porque la función de la Literatura (el Drama es literatura y lo es, en algún buen grado, el cine) es reflejar la sociedad y en este espejo los pueblos se reconocen a sí mismos, recuperan sus tradiciones, se enteran del lado humano de su historia, reciben visiones emocionantes de lo que hemos sido a lo largo de nuestra vida nacional y modelos de conducta conforme a nosotros mismos. La literatura hace ejercer el juicio moral de los espectadores y lectores; les presenta historias humanamente significativas y esto hace funcionar su sentido de valores éticos.

En el teatro, se rompe además la soledad individual en un acto de congregación, las emociones se juegan con mayor brío porque el público se desinhibe y puede reír y llorar libremente. Hacer funcionar emociones es socialmente importante, psicológicamente necesario, los individuos necesitamos en la vida que nuestro juego de emociones funcione ampliamente, y las glándulas internas responden con salud y bienestar a estas descargas de pasión purificadoras que la escena provoca.

Podría alargarme en cuanto a la necesidad y utilidad social de las letras, pero sólo insistiré en que son nuestra raíz y la defensa contra modelos extraños y corruptos que el cine de Hollywood propone, contra la colonización y el emborronamiento de nuestros rasgos propios, que propician la emigración y el desamor a nuestros propios rasgos faciales y raciales.

¿Y qué es la invasión de transnacionales sino una invasión extranjera? La única defensa del escritor es el Estado. Aún en países económicamente fuertes, culturalmente avanzados como Francia, Inglaterra, Alemania, es en los teatros del Estado en donde se cuida al autor nacional y en donde se revisa a los clásicos. Esto crea un nivel de inteligencia y calidad que fuerza a los comerciantes a dar productos de tanta calidad como los estatales.

Nuestras ganancias son mínimas. Comparadas con los best-seller no existen. Un impuesto a los escritores resulta, nacionalmente, como un impuesto a las alcancías infantiles. Ha habido redes nacionales de teatro manejadas por el Estado, y eso nos ha favorecido cuando ocurre. Educación Pública y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes han hecho grandes tirajes de libros para venderlos baratos y darlos a bibliotecas. Esto ha decaído a plomo. Los presupuestos de Cultura, que incluyen los estímulos a la creación artística, son definitivamente malos.

La situación del artista ha empeorado, e importa mucho que existamos, y no sólo por prestigio internacional, que sí lo damos, sino por salud interna, pues somos la voz de los sueños colectivos.

¿IMPUESTO A LA LITERATURA?

Luisa Josefina Hernández

El asunto del aumento de impuesto se plantea como cosa muy delicada. ¿Cuáles son las preguntas que se harían antes de resolver ese asunto a tal o cuál mercancía?

Pienso que la pregunta primera y básica es: ¿a quién afecta?

¿Afecta a los que pueden pagarlo o a los que aun sin pagarlo viven en extrema pobreza?

Si juzgamos al escritor mexicano por sus ingresos, descubriremos su extrema pobreza: para vivir desempeña otros trabajos, relacionados o no con su carrera. O sea, que si no fuera porque es maestro, empleado de gobierno y hasta artesano u obrero, moriría de inanición.

¿Tenemos que pagar el impuesto suntuario, por haber tenido vocación y el valor de obedecerla?

